

Facundo Mur  
(Comp.)



# DESDE EL TALLER

POEMAS Y CUENTOS



# Desde el Taller

Poemas y Cuentos



**tiraxi**ediciones



# Desde el Taller

Poemas y Cuentos

Facundo Mur

(Comp.)



**tiraxi**ediciones

Prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta publicación por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso expreso del Editor.

Desde el taller : poemas y cuentos / Facundo Ezequiel Mur ... [et al.] ;  
Compilación de Facundo Ezequiel Mur. - 1a ed - San Salvador de Jujuy :  
Tiraxi Ediciones, 2024. Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-8936-16-1

1. Literatura Argentina. I. Mur, Facundo Ezequiel II. Mur, Facundo Ezequiel, comp.

CDD A861

  
**tiraxiediciones**



Edición: Facundo Mur  
Colaborador en edición: Mariano Ortiz  
Diseño de tapa e interior: Matías Teruel

© 2024 Facundo Ezequiel Mur  
© 2024 Colegio de Graduados em Antropología de Jujuy  
© 2024 Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (UNJU)

Otero 262 - CP 4600  
San Salvador de Jujuy - Pcia. de Jujuy - Argentina

2024 1ra. Edición

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723  
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

# Índice

Prólogo	9
Cuentos	15
<b>La máquina de coser</b>	17
<i>Teresa Mercedes Cansino</i>	
<b>Brunella</b>	23
<i>Olivia Galiano</i>	
<b>Un ramo de flores</b>	31
<i>Sofía Salas</i>	
<b>Escala de grises</b>	39
<i>Sofía Salas</i>	
Poemarios	47
POEMARIO I	49
<i>Emilce Mirna Aguilar</i>	
POEMARIO II	53
<b>Instantáneas</b> / <i>Romina Ardiles</i>	
POEMARIO III	69
<i>María Laura Burgos</i>	
POEMARIO IV	77
<b>Aguijones</b> / <i>Viviana Verónica Cabana</i>	
POEMARIO V	97
<b>InVERSIONes</b> / <i>Bernabé Cala</i>	
POEMARIO VI	113
<i>Matías Abraham Figueredo</i>	



## Prólogo

**S**e ha vuelto creencia que un taller literario debe elevar al alumno hacia su mayor posibilidad creativa; y tal vez sea cierto. Pero no menos cierto es que a veces un taller debe enseñarle los peligros de un ascenso demasiado repentino de la palabra.

Le ahorraré al lector la relación del mito de Ícaro y de su padre Dédalo, para decir análogamente que dejarse llevar por el lenguaje es jugar a tocar ese sol incierto de “si escribo, soy escritor”, quemarse las alas en la soberbia de “esto que escribo refleja lo que pienso” y ahogarse al fin en la fe de que el lector entenderá fielmente lo que hemos querido transmitir.

La palabra es un peligro. Por ella el iniciado cree que dice, pero no; porque está cegado por su propia voz. Algo a lo que llamo «síndrome del dios creador».

Cuando el dios bíblico dijo «Haya luz», la creación entendió el sentido pleno de esa palabra y la luz se hizo mos-

trando, en el mito, lo inefable de esa voz divina. Con el lector no sucede lo mismo. El lector no construye de forma lineal los pensamientos que el escritor tuvo al momento de escribir. Jamás podría hacerlo. Y menos aún si esa escritura no ha sido trabajada en algún punto para volverla más efectiva. Como dicen los versos de Mario Corradini en *Río de camalotes* (1985): «Si yo digo verde a que usted no piensa en el camalote. / Y si digo agua usted no imagina el Paraná».

El aspirante a escritor no puede creer esta realidad y se dice: «Es mi voz; con mi voz es suficiente». Y tiene razón en cierto punto. Con su voz debería ser suficiente. El problema está en que confunde su voz con el lenguaje. Dejarse hablar por el lenguaje, no ponerlo en entredicho, es no conocer la propia estética, la propia respiración ni el tono propio en el que la voz autoral debería desenvolverse.

¿Un taller debe enseñar cuál debería ser la voz literaria de un aspirante a escritor? No. Sólo mostrarle esa verdad y confrontarlo con la realidad de que hasta ese momento el lenguaje lo ha utilizado a él para realizarse y no al revés; y que su camino tendrá que ser el de volver a pensarlo hasta comprender de qué está conformado ese “universo estético” propio e íntimo en el que el lenguaje juega un rol central. ¿Qué palabras me gustan? ¿Cuáles no? ¿Qué asuntos manejo y sobre cuales siento que puedo escribir con mayor facilidad?; son preguntas, junto a muchas otras más, que lo van

construyendo. Es un camino arduo. Algunos deciden aceptarlo, otros no.

Quienes acceden y buscan recorrerlo, con el transcurso del tiempo, con lectores generosos -pero sinceros en sus comentarios- y con el trabajo continuo aprenden -no de un modo teórico, sino vivencial- que la palabra es una herramienta gastada por el uso de los días, que en cualquier momento se puede romper, pero que aún construye, que aún sirve para decir(se). Hasta que a fuerza de andar, el iniciado entiende que en literatura amor, tristeza, oscuridad, fuerza no significan nada. Porque, como dijo Liliana Heker en su decálogo, no existen los sinónimos en literatura (Eterna Cadencia, 2018). ¿Qué es el amor? ¿A qué se refiere el narrador cuando dice que el personaje está enamorado? ¿Es el amor suicida de los de Verona? ¿Es el amor cambiante de la Bovary?

La vastedad del universo está construida sobre cimientos mínimos; así como el océano lo está de infinitas gotas. Pues bien lo literario también se construye de ese modo.

Un viaje en colectivo y unas flores que no lleva la protagonista hacen surgir el problema de la muerte en *Ómnibus* de Cortázar (*Bestiario*, 1951). Un libro de *Las mil y una noches*, una septicemia y un viaje en tren hacia una estancia para descansar revelan el delirio y la valentía en *El Sur* de Borges (*Artificios*, 1944).

«El cuento es una iluminación profana» decía Piglia (*Formas breves*, 2000) pensando de seguro en Mircea Eliade. Pero tamaña verdad no se aplica sólo al cuento, sino a todo género que quiera construir algo con la palabra, porque es con lo sencillo -con lo que está «al ras del suelo», dirían algunos-, que se puede escribir sobre los asuntos profundos y sagrados.

El «amor», la «muerte», la «amistad», el «dolor», la «felicidad», etc., no se pueden percibir en la escritura sin algo que los revele. Lo profano hace ver lo sagrado.

Como un fantasma al que se le entiende la forma cuando se le tira encima la entramada sencillez de una sábana, así los temas universales encuentra su posibilidad de ser ya en un poema, ya en una novela, ya en una obra dramática cuando quien escribe entiende que su función no es andar por ahí señalando fantasmas que nadie puede ver, sino pasarse la vida tejiendo sábanas con las que poder revelarlos. Pero no con los hilos transparentes de un lenguaje abstracto (¿quién cubre a un fantasma con una tela invisible?), sino con hilos perceptibles de tan profanos; esos que muestran colores, texturas, olores, y crean en su ir y venir patrones y dibujos.

Una máquina de coser, unas flores, un barrio complicado, una mente dispersa, unas zapatillas, situaciones cotidianas que se acumulan en la memoria, ventanas, bibliote-

cas, árboles, espejos son los hilos concretos que sostienen el trabajo narrativo y poético de los autores.

El presente libro no es más que el fruto de ese proceso creativo que se desarrolló durante el ciclo lectivo 2022 en la Licenciatura en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy; y que tuvo como docente a quien ahora prologa y como talleristas a quienes publican sus cuentos y poemas.

En aquel año decidí formar a Taller Literario como un pequeño espacio que recreara el recorrido que un escritor realiza al momento de crear una obra íntegra: desde la *imagen generadora* (Monti-Kartun), la escritura del primer esbozo, las lecturas grupales, las consecuentes reescrituras y finalmente la publicación -que en su momento se concretó en forma oral en una Jornada organizada por la cátedra-.

Quienes lean estos cuentos y poemas no verán más que el humilde brillo que dejaron incontables discusiones y correcciones que los autores debieron soportar para aprobar. Y digo aprobar, porque -sin mentirnos- Taller Literario subyace en la mente de los que recién inician su cursado como una asignatura a superar para alcanzar el título de Licenciados; pero luego, con el tiempo, tal concepción se va transformando en algo distinto y el alumno, casi sin saberlo, se vuelve un tallerista: su objetivo de aprobar se corre y empieza a notarse en él o en ella un celoso compromiso para con su propia obra,

un impulso que lo hace avanzar en la escritura y un deseo de concluir lo que está creando por el mero hecho de verlo terminado.

Presenciar esa extraña alquimia, ese milagro de transmutación, sólo está permitido al docente dispuesto a soltar. Cuando el golem -seguro ya de su palabra- se nos va dando un portazo con su obra publicada, sabemos que la tarea está hecha.

Facundo Mur

*S. S. de Jujuy, 28 de noviembre de 2024*

# **CUENTOS**



# **LA MÁQUINA DE COSER**

Teresa Mercedes Cansino



**L**impió minuciosamente cada parte y antes de guardarla en el hueco de madera la cubrió con una tela que había cosido en forma rectangular. Siempre fue muy cuidadosa con sus pertenencias y obsesiva por la limpieza. Pensaba que así podía conservar mejor las cosas valiosas. Bajó la tapa, la arrastró con dificultad a ese lugar de la casa, escondido y solitario, colocó un lienzo grueso encima que llegaba hasta la mitad de las patas un poco despintadas por el uso, aun se podía leer la palabra *Singer* en una de las bases. Finalmente, decidió ocultar la máquina de coser para no percibir su olor, ni escuchar aquel monótono ruido que la aturdió.

Había aprendido el oficio de costurera cuando era niña. Miraba todo; los movimientos de su mamá al enhebrar, la tela que pasaba de un lado a otro y los dos pies que trabajaban armoniosamente para impulsar el mecanismo de la máquina.

Pasó el tiempo, se casó muy joven y tuvo que poner en práctica lo poco que sabía debido a la difícil situación económica de la familia; por sus hijos estaba preparada para enfrentar cualquier desafío. Entonces coser un vestido, la falda pantalón o una camisa lo eran, y también su mayor satisfacción. Le gustaba mucho ver la prenda confeccionada.

“Tactac tactac tactac tactac... ¿quieres tomar mate?”

La última clienta llegó tarde. Entró por la puerta del costado rodeando el jardín y elogió las plantas. Ella escuchó sus comentarios con una sonrisa amable. El comedor de la casa estaba ordenado y entraba bastante luz. Esa parte de adelante había sido convertida en el taller de costura. Sobre la pared cerca de la ventana del costado había un cuadro colgado; era el certificado de un curso realizado tiempo atrás. Enseguida la invitó a sentarse mientras buscaba la cinta métrica y el cuaderno. Le pidió la tela, la miró con un brillo en los ojos, tocó su textura, la extendió sobre la mesa e hizo un gesto de aprobación. Indicó que se levantara y se parase de recha. Comenzó a tomar las medidas, a la vez que anotaba prolijamente cintura, largo de espalda, largo total, largo de manga, contorno de busto y contorno de brazo.

“Tactac tactac tactac tactac tactac... ya no sigas cosiendo, es tarde”

Tenía que comenzar de nuevo con paciencia como se arma un rompecabezas al que le falta la pieza más importante. Ella la mujer que podía cumplir con varias tareas a la vez,

limpiar, lavar la ropa, cocinar, ahora no sabía qué hacer. Las costuras, como decía, completaban su vida, quizás porque el hombre que amó un día llevó a la casa esa máquina de coser, y desde ese momento quedó unida a él para siempre. Pero ahora el dolor la inmovilizaba.

“Tactac tac tac tac tac... estoy cansado”

El molde que hizo en el papel de diarios viejos era perfecto. La precisión de los cálculos matemáticos le dieron la seguridad para trasladar todo a la tela y cortar sin temor a equivocarse con el pulso que solo tienen las personas con experiencia. Quiso coser, pero la máquina dejó de funcionar cuando debía hacer los detalles del ruedo, también el escote de la espalda. Contuvo su enojo y suspiró con resignación.

“Tactac tactac ... ya va a pasar”. Con la tranquilidad que tenía para esas ocasiones tocó una perilla y solucionó el inconveniente.

Ella terminó de coser. La clienta regresó después de una semana, se probó el vestido ya no había que hacerle correcciones. Tenía el calce justo a su figura, la tela caía bien, el estampado colorido y armonioso lucían impecables.

“Tactac... no tengas miedo”

Durante un tiempo pretendió sacar alguna prenda o terminar otra tarea de la casa, pero no pudo. Había perdido las fuerzas. El vacío de la casa la asfixiaba. Desde la cocina miraba buscando una respuesta. Veía el cuartito ubicado debajo de la escalera sin puertas, cada cosa en su lugar

una mesa, el banco, el estante dónde estaban los tarros de diferentes tamaños con clavos, tornillos, tuercas y las herramientas ordenadas en la pared cubiertas de polvo. Entendió en ese instante que no la encontraría. Fue al taller y guardó la máquina para siempre.

# **BRUNELLA**

Olivia Galiano



Una tarde de verano Brunella pasaba por una zapatería, una que estaba en la calle Belgrano, al lado de una casa de comidas rápidas. Esa tarde se detuvo en la vidriera observando los nuevos modelos de calzados, porque habían renovado hace poco. Lo que más le resultaba interesante eran los nuevos modelos de zapatillas, principalmente las que tenían una estrella blanca al costado. Estaba tan concentrada mirando detenidamente cada modelo, cuando de repente, una voz grave y tierna hizo que se dé vuelta de inmediato.

—Elegí el que quieras y pedimos tu talle.

Por un instante creyó que le hablaban a ella. Sus ojos se agrandaron buscando el rostro de esa voz y casi se le escapa una lágrima al ver a una niña de la mano de su padre ingresando a la zapatería mientras pensaba lo afortunada que era esa niña al tener un padre tan bueno que la llevaba a la zapatería para que elija su calzado favorito.

Desde ese día volvieron los sueños con su padre, visitándolo en su trabajo, como solía hacerlo a veces de niña, donde lo ayudaba a acomodar los calzados, principalmente las zapatillas. Ella siempre elegía ayudar con las zapatillas y de paso se fijaba cual le gustaba más. Conocía a su padre y sabía que le haría elegir un par, el que ella quisiera. Como era hija única, siempre fue la más mimada, principalmente por don Bruno, su padre.

Don Bruno había fallecido hacía algunos años, en un accidente laboral, estaba guardando unos calzados en un estante alto, donde se requiere de escalera para llegar. Él subió, como lo hacía siempre, sin embargo, esa vez no se dio cuenta que las trenzas de uno de sus zapatillas se había desatado, y al bajar las piso, se engancho, perdió el equilibrio y cayó al piso golpeándose la cabeza.

Los sueños de Brunella a veces eran extraños. Una vez soñó que estaba caminando por el centro, de pronto cuando miró sus pies le faltaba una zapatilla; no sabía cómo sucedió sí recordaba bien que se había puesto las dos antes de salir de su casa. Entonces de inmediato decidió ir a comprarse unas nuevas. En el primer local que entró, no había su número, ingresó otra a otra zapatería y tampoco tuvo suerte. No lograba encontrar lo que buscaba.

Cuando tenía esos sueños lo primero que hacía al levantarse era ponerse las zapatillas y sujetarla con doble triple vueltas en las trenzas, bien sujetas, para que no se desaten en ningún momento.

A la única que le contaba sus sueños era a su amiga Lucía, la cual había conocido de casualidad, una mañana de julio cuando la vio de lejos intentando sacarse una selfie con unas rosas de la plaza central. Entonces se dijo, si llego hasta ese lugar y todavía sigue intentando, le voy a hablar para ver si quiere que le ayude. Y así fue que desde ese día se hicieron grandes amigas, salían de compras juntas y los fines de semana se iban a correr al Parque Xibi-Xibi. Podían pasar horas hablando, los temas de conversación nunca acababan; si no eran los sueños, eran las plantas, la ropa o lo que salía en el momento.

La otra noche, volvió a soñar de nuevo esos sueños extraños. Estaba caminando por una plaza y, cuando miró sus pies, se vio que no tenía zapatillas, solo unas medias grises con rayas blancas. Entonces apuró los pasos hasta que vio uno de esos carritos que suelen vender juguetes y golosinas en los parques. Se acercó, vio que tenía unos zapatos rosados, esos que son de juguete. Le preguntó el talle a la señora y resultó que eran muy chicos para ella; no encontraba su talle.

Esa mañana Brunella, luego del sueño, no desayuno como lo hacía siempre su café con tostadas y manteca. Prefirió tomar leche con masas dulces, rellena de dulce de leche y empolvada con azúcar impalpable, como le preparaba su padre cuando era niña y después sacaba un chocolate de su bolsillo y se lo daba. Es para que lleves a la escuela, le decía. En esos momentos casi podía ver a su padre, con su cabello

rizado y sus manos fuertes que solía tomar cuando salían de paseo por el parque lineal.

Luego salió rumbo a su trabajo, con tres vueltas y media en las trenzas de sus zapatillas. Amaba lo que hacía, era muy paciente con los clientes y sobre todo con los mayores, le explicaba qué medicamento debían tomar primero y le remarcaba la hora. Sabía que su padre tendría la misma edad. Y cuando su turno en la farmacia terminaba en vez de ir por una calle directo al estacionamiento, donde había dejado su auto, se desviaba tres cuadras para pasar por una zapatería, y mirar a aquellos calzados que ya había visto la semana anterior. Decía: esos zapatos con puntas son muy altos y de seguro será muy dura la caída; no se los recomiendo a nadie, solo le traerán dolor de cabeza.

El domingo por la tarde se encontró con Lucía en el parque Xibi-Xibi con el plan de hacer ejercicios. Pero antes, no pudo evitar contarle el nuevo sueño que tuvo esa noche. Había entrado en una habitación llena de calzados de diferentes modelos y colores. Donde ella solo tenía como cinco minutos para elegir un par, el que quisiera, de inmediato empezó a buscar alguno de su talla, pero ninguno le quedaba bien, o eran muy grandes o muy chicos, hasta que vio unas zapatillas hermosas con una estrella blanca al costado y eran su número. Sin embargo, no alcanzó a medírselas, su tiempo ya había acabado y tuvo que salir, mirando con nostalgia aquellas zapatillas.

Lucía siempre la escuchaba atenta, sabía cuánto extrañaba Brunella a su padre. Después de correr se sentaron en una banca y mientras tomaban agua veían y comentaban las zapatillas que llevaban las demás personas que pasaban.

—Esas grises son livianas y combinan con todo —comentó Lucía.

—Mirá —dijo Brunella— esas rojas de la chica de negro. Salieron hace una semana y la usan los mejores deportistas.

—Fíjate aquellos dos que vienen corriendo traen el mismo modelo y color —contestó Lucía queriendo continuar la charla—; parecen mellizos.

De repente Brunella salió corriendo y a los gritos:

—¡Espere, señor! ¡Espere...! —le dijo a un hombre mayor que se dirigía hacia la salida del parque y estaba a punto de subir las escaleras.

—¿Qué sucede, hija?

—Sus zapatillas. Están hermosas con esa estrella blanca, pero tiene una trenza desatada. Permítame que se la ate.

De inmediato, Brunella procedió a atar bien la trenza de la zapatilla de aquel hombre. Él muy amable le agradeció y se despidieron; pero antes el hombre sacó un chocolate y se le obsequió a Brunella.



# **UN RAMO DE FLORES**

Sofía Salas



**Y**o no sé nada de flores, sólo que se usan para decir “perdón”, “te amo” y “adiós”. Y ya que mis palabras nunca alcanzan, creí que era mejor comprar un ramo que hablara por mí. «Es que me pelié con mi mujer», le conté a la cajera; y ella dijo que muchos hombres iban por la misma razón.

Mientras volvía a la casa con las flores en mano, trataba de encontrar una respuesta a lo que me preguntó la chica: «¿Y por qué se pelearon?» No sé. Ya estoy acostumbrado a que se enoje conmigo, así que no me había puesto a pensar por qué no me devolvió el beso al despedirme esta mañana. Se mostró tan fría, así que la dejé seguir durmiendo.

Sentí el olor a pan fresco que venía de un local de la esquina y me acordé que la semana pasada me había olvidado de cambiar la garrafa y ella se quedó sin gas a media horneada de empanadas. «Sos un colgado» me dijo mientras las comíamos así blancas. ¿Seguiría enojada por eso? Aproveché de comprar algo dulce para tomar mate más tarde, las

facturas favoritas de Matilde. Cierto que hoy iba a venir a visitarla su hermana. Dijo que va a cocinar no sé qué cosa. ¡Ah! Sentí el zumbido de una abeja que se acerca al ramo. Rápidamente la espanté con la mano libre para salvar las flores. Es que sí, esas picaduras son jodidas. Me acordé del día en que descubrí que era alérgico. Era nuestro primer aniversario y yo me había confundido la fecha. Estaba seguro de que era el día siguiente. Cuando Maty se dio cuenta se enojó en serio. Me dijo un montón de cosas y terminó gritándome que me tomara el palo. Yo ya le tenía un regalito preparado, pero necesitaba algo más grande. No, más especial. Así que fui a una de esas joyerías del centro y le compré una pulsera de plata con una flor. A medio camino de vuelta pasé al lado de un naranjo que justo estaba lleno de abejas, y parece que a una le dieron ganas de picarme la nuca. Cuando llegué a casa con la caja de regalo y el cuello todo hinchado, ella no sabía si reírse o cerrarme la puerta en la cara. Menos mal hizo lo primero. Terminamos nuestro aniversario en la guardia, yo con una inyección y ella feliz con su pulsera. Desde entonces nunca se la quita.

«¡Flaco, te olvidaste la bolsa!», gritó el panadero desde la puerta. Y volví corriendo.

Al otro día la llevé al parque, para despejarnos un poco. Estaba lindo el día, no había nubes, igual que hoy. Compramos pochoclos para molestar a las palomas. Ella se los tiraba y cuando había un buen grupo yo las espantaba. Nos matába-

mos de risa con eso desde que íbamos al colegio. Uff, cuando íbamos en tercero me ignoró como una semana. Todo porque me había olvidado de llevar una cartulina para el trabajo ¡Por una cartulina! Y lo único que me dijo fue «Sos un colgado». En ese momento se peinaba con trenzas, le quedaban muy bonitas.

Seguí caminando y un cartel amarillo que decía *LIQUIDACIÓN POR FIN DE TEMPORADA* me hizo parar a ver los precios para darle la información a Maty. Bajé un momento el ramo para sacar una foto de un vestido negro para mandarle, pero no encontré el celu en el bolsillo. ¿Lo dejé en la cocina? Casi podía escucharla decir «Sos un colgado». No importa, después le digo, pensé. Pero que esta vez que venga a comprarlo sola, me dije. La última vez que la acompañé a comprar ropa me preguntó si una camisa le quedaba muy apretada. Juro que sólo tardé dos segundos en responder «No», y me hizo un juicio. No quiso comer nada el resto de la tarde, así que se me ocurrió ir por unos sándwiches y se le pasó. En realidad, casi todo se puede arreglar con un buen sándwich de milanesa. Si, casi todo.

Pasé por una vitrina y vi que tenía muy largo el pelo, no lo había arreglado esta mañana. Traté de peinarlo un poco, ya no me lo podía acomodar bien. ¡A lo mejor fue eso! Cuando no la pude llevar a la peluquería, pero fue porque no me habían dado el aguinaldo. No sé si se enojó o sólo se puso triste, aunque para mí no necesitaba hacerse nada, las canas

son lo más natural del mundo. Se lo dije muchas veces, cada vez que tenía que decirle que no había plata para esas cosas. Pará, ¿y el ramo?, me pregunté. Volví hasta el local. Menos mal nadie se lo había llevado. El sonido de una ambulancia que pasaba a las chapas me hizo acordar a cuando me quebré la mano en la fábrica. Esa vez que me quedé trabajando horas extra para comprarle el vestido de año nuevo. Nunca le dije que esas semanas de campeonato interbarrial eran mentira, pero no importa, estaba muy feliz con su estreno esa noche. Tanto que hasta me dio un beso, aunque no dejó de reprocharme que romperse la mano por atajar un gol era una tremenda estupidez.

La encontré a doña María cuando pasaba por la verdulería. «¿Ahora qué pasó, che?», me dijo. «¿Qué macana te mandaste? ¿Otra vez fundiste la térmica? ¿O rompiste otro plato de esos del casamiento?» Y se rió.

No le cuento más mis cosas a la vieja.

Ya estaba a unas cuadras cuando saltó un perro que ladraba pegado a la reja. Me asustó el desgraciado. Estaba descontrolado. ¡Ahí está, seguro por eso estaba enojada! Porque ayer lo dejé salir un rato al Coco para que corra, me olvidé y lo dejé afuera. Pero fueron unas horas nomás, ni siquiera estaba haciendo frío. «Sos un colgado», me dijo mientras me miraba indignada. Pero ese ni siquiera sirve para perro guardián, con treinta centímetros de alto no asusta ni al loco del frente. Tanto lío por ese animal che. Bueno, tanto lío por tantas cosas.

Cuando llegué a la esquina del edificio vi un grupo de gente amontonada en la entrada. Reconocí a varios vecinos que andaban murmurando y sacando fotos. Me ganó la curiosidad. Me acerqué y vi a los paramédicos subiendo una camilla cubierta con una tela a la ambulancia que estaba estacionada con la sirena a todo volumen. Un brazo se escapaba de la sábana y colgaba a un costado. Tenía una pulsera con una pequeña flor. Se escuchaba que había una mujer histérica sentada ahí dentro. No la llegué a ver antes de que cerraran la puerta y arrancaran.

Así che...

Bue, ¿volvemos? Se me hizo larga la historia. Te la bancaste. Pero no me pongas esa cara, amigo; viste que fue un día largo. Vamos, quiero dejarle las flores antes de que cierran el cajón.



# **ESCALA DE GRISES**

Sofía Salas



**E**stas últimas semanas han sido muy difíciles. La imagen del cajón en la tierra todavía era muy reciente. Ya estaba cansada de las condolencias y las miradas de lástima que me ofrecían. Creo que por eso vine aquí.

Ella no te mira cuando te habla, tiene la mirada perdida. No, perdida no, vacía. Yo no recuerdo un momento en que la abuela haya sido diferente, incluso en las fotos sale así, siempre impasible. Aún hoy que es su cumpleaños, y aunque haya viajado más de cuatro horas para llegar acá, nada. Todos aprendimos a vivir con eso, nos acostumbramos a sus ojos. A esta altura, ya no intentamos charlar cara a cara con ella, sabés que igual no te va a mirar. De todas formas, estar con ella de alguna manera me tranquiliza.

Acá es como una pausa, como si todo lo demás se quedara lejos. El barrio este es así, siempre quieto. Los vecinos

son bien respetuosos, no se meten mucho en los asuntos de los demás. Lo que más se escucha es el viento moviendo los árboles, y algún que otro pájaro recordándote que no estás solo. Cuando era más chica me acuerdo que me daba miedo venir de visita. Sentía que estaba en una ciudad de fantasmas, pero nunca tuve pruebas para justificarlo. Más allá de que cuando salías a dar una vuelta en la bici, los vecinos nunca te devolvían los saludos. Sólo te miraban pasar, algunos ni siquiera eso. Me acuerdo una vez que salí a jugar y me encontré un grupo de chicos en una cancha, les pregunté si me podía sumar y dijeron que sí. Jugamos, corrimos, gritamos, le reclamamos al referí cuando nos puso un penal injusto. Y cuando nos preparamos para recibir el pelotazo del otro equipo alguien me empujó y me caí de frente contra el cemento. Me empezó a salir sangre de la nariz y me puse a llorar. Los chicos me miraron un momento y después siguieron con el partido. Me fui llorando a la casa, y cuando llegué la abuela tampoco me dijo nada. Y eso fue todo. Tengo muchos recuerdos como ese. Como con la nena que era hija de una vecina. La invité a venir a la casa y estábamos jugando a la cocina en el patio. Yo quería hacer una ensalada, pero estaba todo seco; solo había tierra. En ese momento estaban levantando el paredón del fondo, así que también había piedras en un rincón. Le pedí que me pasara unas cuantas para que hicieran de tomates. Ella me las empezó a tirar desde la otra punta. Una de esas me pegó en la cabeza y me dolió mucho.

Esa vez no lloré, me enojé. Me levanté y fui a donde estaba ella y la empujé. Se cayó sobre el montón de escombros; se raspó las manos y las rodillas. En la mano derecha se había hecho un corte. Me asusté. Pensé que me iba a gritar o a pegarme de vuelta, y que encima me iban a castigar por andar peleando. Ella se levantó y se sacudió la tierra. Dijo que ya no quería jugar más y se fue.

Hasta hoy todo sigue igual, las mismas casas de cemento y las calles medio rotas. Siempre digo que deberían hacer la denuncia a la municipalidad por tener todo tan descuidado, pero acá a nadie le interesa. Donde vive la abuela también es así. Es una casa medio dejada. Cuando llueve gotea un poco el techo de la cocina. Las paredes no las volvieron a pintar más desde que se construyó. Es bien silenciosa. Aunque tampoco es que haya mucho que escuchar. En el living hay unas fotos viejas, varias ya están muy desteñidas. Se la ve a ella de joven, otra de mi papá y mis tíos cuando eran chiquitos; y una de esas en blanco y negro donde está ella con mi abuelo en su casamiento. Él se ve muy elegante en su traje de pana, con su media sonrisa. Mi papá me decía que por sonreír así se metía en problemas. Al fondo hay una casita para un perro grande y muy canoso, ya se le nota lo viejo. Se pasa la tarde en la calle y cuando empieza a hacer frío vuelve a su cucha a lamerse las patas. Lo que más me gusta es que ella tiene un catre para las visitas. No es muy cómodo que digamos, pero no me puedo quejar.

Mañana viajo de vuelta, así que aprovecho las últimas horas de calma mientras mateamos en la vereda. Hoy estuvo nublado, con un viento ligero y fresco; ya se va a hacer de noche. Pasamos un rato en silencio. El viento me despeinaba mientras abrazaba el termo buscando un poco de calor. El mate iba y volvía, sin decir nada. Me entretuve mirando las casas del frente. La del techo de chapa sin pintar era la más curiosa. Las ventanas llenas de telarañas, la pintura resquebrajada, el jardín medio abandonado y el pasto seco. Le di el último sorbo al mate; le puse más agua y le pasé a la abuela. Demasiado rápido. Un mal movimiento y le tiré todo en la pierna. Mientras veía el vapor subiendo traté de limpiarla con la manga de la campera. Cuando terminé de disculparme la miré. No se había movido, seguía mirando las nubes.

Esa noche estaba todo muy tranquilo, como siempre. No podía dormir. Me levanté a buscar a ver si había quedado algo del mediodía para picar, no había nada. Salí un rato al patio con una botella de agua fría. El aire era relajante, se oían algunas cigarras por ahí. Por un momento cerré los ojos y disfruté el momento, sola, lejos de todo; dejé que el viento apagara los malos recuerdos. Entonces un perro empezó a aullar. Le siguieron todos los perros del barrio, incluso el perro de acá aulló. Era como si lloraran. Me puse tensa. El ruido se hacía más fuerte. Entré y fui directo al catre para taparme entera con las colchas, como hacía cuando era chica.

En la mañana mientras desayunábamos le pregunté si había sentido los perros anoche, y dijo que no. Seguro ella tenía el sueño pesado. Terminamos de comer en silencio y me preparé para salir. Le pregunté si me acompañaba hasta la terminal, de paso compraba para cocinar. Ella asintió, así que agarré la valija y nos fuimos. No llegué a saludarlo al perro, no estaba en su cucha, sólo dejó un montón de huellas de barro como despedida. El barrio apenas estaba despertando; gente abriendo sus quioscos, señoras barriendo la vereda, y un par de niños yendo a comprar pan para tomar el té. Le fui contando de algunas recetas que había visto. Ella me escuchaba mientras le hablaba de una salsa que nunca me había salido bien. Seguía haciendo frío. Doblamos una esquina cuando algo llamó mi atención. Había algo a un costado de la calle. Me acerqué y cuando lo vi se me heló todo el cuerpo. Era un hombre, estaba muerto. Más que muerto. Tenía la panza abierta y las tripas por el piso como una olla de fideos derramada. La sangre había armado como un barro alrededor, se marcaban huellas de patas por todos lados. Junté valor para acercarme un poco más, tenía la cara hinchada y en sus labios el último intento de una leve sonrisa. Pero sus ojos. Estaban bien abiertos, y eran grises. Era una mirada vacía, pálida, tan familiar.

Sentí cómo unas lágrimas pesadas me mojaban la cara; estaba respirando fuerte, me mareaba. Busqué la mano de mi abuela para no caerme, me agarré fuerte de ella. La miré

buscando algo que me sacara de ahí, y no encontré nada. “Creo que voy a hacer un guiso nomás” dijo y me miró. Me soltó y siguió caminando. El ruido de sus pasos se apagó por la bicicleta de alguien que pasó rápidamente al lado mío. Escuché a lo lejos la campana de una escuela. Un intenso olor a podrido invadía la calle. Y yo sólo pude ver el viento moviendo los árboles.

# POEMAS



# POEMARIO I

Emilce Mirna Aguilar



Noche que trajo tu imagen,  
imagen que susurra palabras,  
palabras que te envuelven en culpas,  
culpas que te abrazan el alma,  
alma que se desvanece en el aire,  
aire que se corta en la noche.

## Un intento de poema...

En la penumbra de mis pensamientos,  
un intento de poema danza,  
como mariposa en un jardín olvidado,  
sus alas llenas de secretos del alma.  
Palabras que emergen, resonancias del abismo,  
susurran en el aire,  
como sombras que se deslizan,  
tejiendo senderos que aún no he descubierto.  
El papel espera, su superficie en blanco,  
con cada trazo busco la esencia.  
Intento atrapar las palabras con mis manos,  
pero se escapan sin dejar rastro,  
y en cada verso escrito hay un eco,  
un susurro que busca ser escuchado.  
Así que aquí estoy,  
trazando líneas que intentan descifrar  
este intento de poema que nunca acaba.

POEMARIO II

**INSTANTÁNEAS**

Romina Ardiles



## Lo insoportable

Escuchar con la atención de un ciego  
Mirar con la profundidad de un sordo  
Esperar pacientemente como el monte a la lluvia  
Correr junto a la soledad de un río seco  
Durar lo que una sequía  
Dudar como el agua  
Leer movimientos a través de la ventana del colectivo  
El silencio de la noche en un campo  
O un perro bajo la tormenta  
Una discusión tonta con mamá  
Pintarse las uñas  
Mirarse al espejo

Y sonrío.

Absurda me distraigo de lo que quedó atrás  
Atrás, al final de la memoria, el rostro de quien dijo “para siempre”  
La ausencia de alguien que dijo quererme  
Ese torpe dolor

Ese prematuro sentimiento de vida  
Ese ahogado nombre que aprieta en el pecho  
El susto que sigue después de la pesadilla  
El sabor del primer beso, la primera cita que no fue

Se acaba, eso que no se sabe porqué  
Pasa, se desprende y descongela cual estalactitas

Porque las meriendas, el café y las tardes de los sábados  
sin nosotros

Es un libro de páginas blancas, de vacíos  
De lo que pasa sin quedarse.

## Insomnio

La consciencia plena del sueño que va descendiendo  
El áspero miedo de no volver

Todo es gigante ante la noche silenciosa:  
El zumbido de los mosquitos cuando las luces se apagan  
El goteo constante de la canilla mal cerrada.  
El grito ajeno en la calle  
El ronroneo que dice y no.  
Los ladridos que van y vienen  
El celular que vibró de repente  
El eco de las bocinas diluyéndose en la noche.  
La pregunta de alguien que estaba junto a vos, y no viste.  
El calor que empezaste a sentir de un momento a otro.  
Los pies húmedos  
El choque de un ave contra una ventana  
Pensamientos que se espiralan,  
y surcan una pared por caerse,  
que no quieren irse.

Todo es gigante ante la noche silenciosa.

A veces tengo miedo de las sombras que hablan  
De esos leves ruidos que crecen y crecen  
Sinfonía nocturna, cansancio de la mañana.

Desfile de lo cotidiano:

Las respuestas que se dieron sin que alguien haya  
preguntado

El mensaje de los “buenos días” que no se recibió  
Las llamadas durante la tarde que dejaron de suceder  
El rayo iluminando los huecos oscuros de mi biblioteca

Todo es gigante ante la noche silenciosa.

La inmensidad de lo que no es

Sobre mi pecho apretando

otra vez

## Lo que no se olvida

Aquella primera vez que miraste la ciudad desde la rueda  
de la fortuna

Las luces de colores garabateando vida en la noche

En la fila, una charla con un desconocido desarmando la  
soledad

El niño que pregunta tu nombre sin conocerte

La selfie movida que se sacaron mientras reían

El sendero que subiste y te robó la respiración

Ese lugar al que siempre se vuelve.

Cuando tu mirada no fue suficiente

Cuando el mar te vio, y tus pies lo besaron

Cuando viste el impacto entre las descargas eléctricas  
y el agua salada

Nada es ineludible a mi memoria

El dolor punzante que revive cuando cambia el tiempo

La tarde saliendo del trabajo que se animó y me invitó un  
café

El entusiasmo marchito de las primeras veces  
Un par de manos agitándose al viento diciendo *nos*  
*vemos*, por última vez

Lo que se gritó por un disgusto sin causa justa

Nada es ineludible a mi memoria

Esas palabras que se lanzaron sin medir su filo  
Esa historia que cuenta papá en los almuerzos de los  
domingos

Esa tarde de agosto que volaste tu cometa rasgando el  
cielo

y el viento sacudiendo las lágrimas

Esos pequeños sucesos, insignificantes

Eso, que se pronuncia con cautela

Nada es ineludible a mi memoria

Ni lo que está entre *el casi* y *el todo*

Ni la hoja de otoño que se asentó sobre mi cabeza

Ni los silencios que dejaste aturdiendo mi calma.

## Brevedad

El chasquido de las hojas  
El charco de agua después de la tormenta  
La respiración acelerada luego de un susto  
La risa de un chiste mal contado  
La idea ilusa de creer que íbamos a ser algo  
La sensación de ahogo.

Gritar.

El gusto por las cosas que desaparecen:  
el sonido, una promesa, una burbuja,  
el beso después de aclarar que no se quiere nada,  
la calidez de su existencia filtrándose en mi cuerpo,  
lo que se acepta sin títulos, sin etiquetas, sin nombres  
alivio de la primavera  
viento que desarma casas improvisadas  
O, la salvación hecha palabra

## Certezas

La vez que cerraste la puerta tras un enojo no resuelto,  
y te quedaste con la congoja y una piedra sobre el pecho

agua que murmura bajo los muros del olvido

Cuando dijiste *no creo que se repita, no sé querer a medias*

A orillas del mar del sur juntando caracolas  
El llamador de ángeles hecho de deseos

agua que murmura bajo los muros del olvido

Un *te espero* que siempre aparece  
El llanto que no dejo escapar  
El atrapa sueños de plumas,  
de contradicciones, de ausencias

agua que murmura bajo los muros del olvido

Estar frente a la hoja en blanco sin ideas  
La palpitación intensa que no cesa  
Enamorarse, dulce y gracioso engaño de la vida  
La duda permanente, la fe inquebrantable  
La risa: velo de la desdicha, tumba de lo que no fue

agua que murmura bajo los muros del olvido

El sueño de ser tinta o poema o la línea que se escribe  
El sábado al mediodía bailando sola alrededor de la mesa  
O el domingo que preferí quedarme en mi habitación  
La semana que dije *se inicia bien, se termina bien*  
El mensaje pidiendo un abrazo que no llegó  
La felicidad extraña de sentir a mi gata sobre mis pies

agua que murmura bajo los muros del olvido

La mujer en el espejo que comparte todo mi todo, o no.  
Ella y yo, negándonos a la verdad de lo que somos:  
agua que murmura bajo los muros del olvido

## **A veces**

Aunque la suave brisa de primavera golpee el rostro  
cansado

Aunque se pinten las veredas de verdes risas

Aunque las casas huelan a hogar

Y las noches tengan tu compañía

Revolotean sobre mí días nublados de un no sé qué

A veces no para de llover nunca.

Aun cuando el bar de la esquina sirva gratis un chopp de  
cerveza

Aun cuando haya reuniones de amigos cada fin de  
semana

Aun cuando tus brazos sean enredaderas sobre mi  
cuerpo

Aun cuando el barquito de papel haya llegado a la meta

Sucedan eclipses, sombras infinitas.

¿Es que a veces no para de llover nunca?

Pese a que se armen tardes de mates y charlas  
Pese a que al final de la obra haya aplausos  
Pese a que él se acuerde de los aniversarios,  
de mi helado favorito o de mi tiempo

Aquí, a veces, no para de llover nunca.

A veces no para de llover nunca  
y me invento torpes manías para no hablar  
de los laberintos que me devoran.

Es que aquí, a veces, no para de llover nunca.

## Sucedete que...

Cuando siento que mucho de lo que me rodea  
ya no es suficiente para seguir caminando en esta orilla  
Cuando el vaso medio vacío de verdad empieza a llenarse  
cuando levanto la mirada y solo veo nubes oscuras,  
cuando me doy cuenta que ya se pasó de página;  
porque lo vi y no sonrió.

Cuando me arrepiento  
de no haber dicho todo lo que quería,  
o de no haber guardado ese hondo suspiro que quiso  
quedarse

Cuando sé que ya no es cuestión de tiempo,  
ni que un sahumero me dejará tranquila  
Cuando los insomnios me revelan verdades.  
Cuando dormir se traduce a sobresaltos  
y me despierta su sigiloso y ondulante transcurrir  
y descubro que no es más que el fuego de su ausencia  
quemándome.

Y entonces caen  
del cielo caen retazos de vidas apagadas,  
llamados nocturnos

caen sus últimos latidos.  
Caen abismos que me acechan,  
que acechan la risa, que acechan  
la calma antes de la catástrofe

La mezquina entrega, la indiferencia adorable, la  
reticencia al cariño.

Las líneas ahogadas que emergen, el deseo de su  
presencia.

Y la pregunta constante:  
¿Podríamos haber sido más que esos encuentros?

Arde.

Cuando el caos sucede en mí

Arde.

Cuando escribir ya no alcanza para salvarme

Arde.

Cuando todo parece arder  
aparecen, como si nada, atardeceres de un verano  
apresurado  
calentando mi rostro que reposa en su hombro.

O una migración de pirpintos siendo tiempo  
O el silencio golpeándose  
Se desarma lo que quiso ser y no fue  
Aparece lo sutil, lo breve, lo inesperado, lo cotidiano

Es que las tormentas asustan, pero no duran mucho.

POEMARIO III

María Laura Burgos



## **Diente de león**

Una burbuja de aire brillante.  
Redonda como una luna llena.  
Corre una niña con una pena,  
recuerda el amor de un viajante.

Las semillas de la esfera errante:  
“deseos conceden”, piensa serena.  
Infinitas como granos de arena.  
A un anillo de luces semejante.

Su mano tiembla, un tallo y una esencia.  
Un pequeño universo delicado.  
Tan frágil que lo lleva con cuidado.

Una lágrima derrama, ausencia.  
Cierra los ojos, sopla y se disuelve.  
Los abre, ve a su padre que vuelve.

## La rosa

Canto a la rosa que sola crece.  
Perfecta en su corola espera.  
Vivir para siempre en primavera,  
en el tiempo en el que resplandece.

Más llega el invierno y perece.  
Con fe, en el papel se recupera  
En cuatro letras se regenera.  
En una simple palabra, florece.

En los libros vive con roja tinta.  
Su forma se volvió inmarcesible.  
Eterna flor que una mano pinta

Inmortal en el tiempo por el hombre.  
Cáliz, pétalos y tallo intangible,  
Sólo es en la página un nombre.

## Una calle

Era una calle gris,  
en la tarde ardiente.  
Bajo la sombra de un paraíso.  
Contemplar las nubes.  
Desde la vereda.  
La palmera del jardín.  
Mi abuelo sentado me da su mano.  
Llega la noche.  
En las estrellas me indica la cruz del Sur.  
Escucho su voz lejana,  
Pero de pronto se acerca y me mira, “Vamos”, es hora me  
dice  
Mientras me extiende su mano.

## La hamaca del patio

La tierra seca  
la hora de la siesta.  
una hamaca cuelga de una rama  
una niña sola lee una revista  
sueña con ser grande  
una brisa pasa  
despierta una mujer.  
La casa es de otros ahora.  
pasa por la vereda y ve el jardín  
recuerda el patio amplio con una higuera.  
¿Seguirán allí como antes?  
Se anima a tocar la puerta y pide ver el fondo  
no existen ya los árboles, todo es piso.  
En otro mundo quedó aquella sombra  
sola en cada noche vuelve a jugar en aquel patio  
Y otra vez siente el olor del jazmín y de la madre selva  
Mientras se balancea en la hamaca que cuelga de una rama  
Escucha la voz de su abuela que la llama a tomar la leche.

## El jardín

La papaya con muchos frutos verdes despierta curiosidad.  
Las rosas son víctimas de pulgones crueles que le sacan su  
sabia.

El jazmín es devorado por las hormigas negras.

El romero y la ruda son duros e intocables.

Un libro a medio leer descansa en la silla.

Los pájaros se zambullen en el plato de agua de los perros.

Las alegrías blancas y lilas son pañuelos de damas.

El cedrón, la menta y la yerba buena confunden sus olores.

El sol comienza a calentar y las hojas a decaer.

La tierra reseca clama por agua.

Un colibrí se acerca a la flor de la lavanda.

Lo miro y los colores plateados me enceguecen.

De pronto me salen alas y me voy con él.

Ahora veo sólo sombras verdes desde el cielo,

El jardín es un paraíso  
en el calor del mediodía.

## El recuerdo

Miro una flor lila que acompaña a un árbol viejo.

Como una niña con un vestido y su abuelo.

Ella es pequeña y él es sabio.

El amor es simple, cabe en una mirada y abarca el cielo.

El olor de la madre selva me trae un tango que entonaba  
mi abuelo por las tardes.

En aquellos veranos de mate cocido y pan.

Días de sol, nada importaba demasiado entonces,

Sólo el instante en el que se largaba una tormenta

Entonces la humedad y la tierra mojada

traen el silencio del anochecer en el barrio lejano.

POEMARIO IV

**AGUIJONES**

Viviana Verónica Cabana



## Aunque sea imposible

Las ganas se fugaron  
y un barrilete azul las acompaña  
las miro irse, junto a la ventana.  
Todos se van  
y yo me quedo  
viendo...  
como el amor se instala sobre la triste tierra  
¡Qué alguien me diga!  
¿Cómo seguir?  
cuando el peso del dolor no se aguanta.  
Ya no puedo verte,  
tus tesoros me advierten.  
No volverás...  
La casa,  
los peldaños,  
la escalera,  
todo sigue igual  
pero tus pasos subiendo  
dos en dos  
al compás,

ya no se escucharán  
ni traerán tu sonrisa.

El calor de tu mano tibia  
se fue entre las mías  
Más helada que nunca,  
sostuve tu último latido...  
Los años pasarán  
y seguiré esperando un día ver volver  
aquel barrilete azul  
danzando en el aire,  
trayendo tu risa contagiosa  
aquel abrazo eterno  
y tu olor a hombre.

## La sonrisa de los cactus

Quién conoce los cerros, sabe  
del sonido del viento ensordeciendo las piedras  
y su castigo frío a la sombra;

calor de la tierra  
    rayo implacable  
        piel cuarteada

Los labios resecos y un dejo vagabundo añorando llegar  
La cima te llama y a tus espaldas el cielo se extiende  
Escalas, y a tus pies el cerro desmorona recuerdos

sudor refrescante  
    sabor salado  
        olor a tierra

Un jilguero dorado y su compañera trazan un vuelo cruzado  
y en la soledad, el cerro te atrapa.  
En tu boca la sensación intensa y profunda se siente:  
    paladar

lengua  
garganta

A la siesta las piedras liberan el calor,  
los cactus agrandan su sonrisa y su sombra  
Todas las cosas guardan las palabras;

un silbido  
un chasquido  
el eco del viento

La sed te funde al cerro.

## Sed

Hay una sed distinta  
que quema  
inflama las venas  
tiembla el alma.  
Y las manos...  
Una sed urgencia  
Una sed desaforada  
que crece  
aturde  
contagia  
repele  
te ahogas en ella  
y a tu mundo  
Desespera  
Y angustia  
hasta la muerte.

## Trinos

Comienza con las noches  
como el otoño con sus finas lluvias  
o los susurros de los amantes  
insomnes y lujuriosos  
que llegan a los solitarios  
Las lluvias mojan los temores  
Y la ansiedad cruza cada luna  
cada estrella con el placer otorgado  
y amordaza los muslos  
a las plumas de un disfraz  
vuelo suspendido  
impulso desnudo.

Las voces matutinas  
se confunden con los pájaros  
anunciando el amanecer.  
Las calles de la ciudad brillan  
Pájaros traducen la medianoche  
dolientes gemidos

amanecen cantando  
las alas caídas  
dan vuelta la esquina  
y envidian la muerte  
de la oscuridad pasada.

## Tentación

La oscuridad húmeda se funde en la niebla  
y como una mancha profunda de tinta  
se mete en mis ojos,

Camino.

Una nube ha bajado en tu ayuda  
Olor a tierra mojada y verde,  
fresco e intenso, sobre el pasto frío  
y mojado

mis pasos se detienen,  
se dejan de escuchar,  
el parpadeo de insectos lumínicos  
que pululan en el arrullo del río  
me invita al lecho...

Un millón de sonidos noctámbulos  
no confunden tu inquieto corazón.

Cómplice, el bosque te oculta  
aún así un rastro de hierro  
me lleva a vos.

Te huelo.

Te siento.

Te imagino: trémula y sigilosa  
casi ni respiras

Temes,  
y te agazapas.

Enmudecida presientes cómo el bombeo agitado de  
terror inunda mi boca de deseo...

Temes,  
y aguardas mi mordida.

## La mirada que te encuentra

En la suavidad de la aurora  
que a lo lejos se despide  
besando el lucero,

En la ausencia desganada  
tus ojos, girasoles despojados de sol  
que no voltean a mirarme.

En la ola que te arrastra  
y termina en tus pies,  
bañándolos de espuma.

En el sorpresivo vuelo de un pájaro  
que recorta el cielo con su trazo filoso  
y agita las alas del poema.

En el cristal roto de un sueño viejo y dorado  
que ahora solo promete sangre.

En la luz cambiante y anaranjada  
del atardecer que pronto se extingue.

En ese giro rotante de un mundo que te lleva,  
que te arrastra  
y te aplasta.

Pubis descarnada  
Sueño profundo.

Te veo,  
te siento

y un invencible temblor me agita  
un arco se abre  
vértigo  
no te alcanzo  
nada te alcanza  
buscas la inmensidad  
Y mis ojos quebrados  
no dejan de mirarte...

## **Nostalgia**

Este no poder sacar de mí  
los sueños que deambulan de día  
y escapan por las noches  
repitiendo tu nombre...

## **Deseo**

Soy  
tiempo robado  
sueños despiertos  
retinas danzarinas  
que invocan el miedo.

Soy  
la llave en la puerta,  
escalera invisible  
el lugar que se inventa;  
donde sea horizonte.

Soy  
origen de todos los poemas  
aguijón que impulsa,  
la fuerza insospechada  
del salto repentino.

## Moneda

Somos dos  
ante una mirada implacable  
Una se angustia y tiembla  
La otra se agita y enorgullece  
El efecto rebota  
dos polos distintos  
chocan, estallando en mí ser  
Un calor nos alimenta la euforia  
camino y transpiro...  
Una sonrío y la otra se incomoda,  
Habitan sombras en nosotras  
Cómplices  
furtivas,  
aguardan el momento para escapar.

## Deseo II

Te nombro  
pronunciarte me encarna  
me mueve  
me transforma  
y soy más  
soy lo que quiero ser;  
un río recorriendo tu piel  
mí mano enrollando tu pelo  
el beso que no se evita  
el placer de un quejido  
la inquietante caricia  
un desgarró caliente.

Te nombro.  
Y un latido fuerte repercute  
en mi pecho.  
es el fluir sanguíneo  
que lo estremece todo.  
Entonces soy menos

un ser incompleto;  
una necesidad  
un delirio  
los ojos ciegos  
un grito ahogado  
escondite anterior  
amparo insuficiente.

Tu nombre en mí voz  
alcanza  
la profundidad de la noche  
en un pesar insomne  
la piel tendida  
vibrante  
dolor ardiente  
de todos mis deseos.

## Balcón de luna

Atajo escondido que me lleva a vos.

Un esfuerzo empinado que agita, frena, invita.

En las alturas el sosiego.

Un portal abierto, atemporal, la magia de un óleo, vista amplia de verde y montañas,

el espejo

de agua reflejando el sol, la luna y todo mi deseo.

Abajo

la espesura muda de verde a negro. Un manto de estrellas cobija; y la serenata de mil cigarras se siente, como se siente tu voz, y el látigo de los celos.

Un reflejo me salva.

Es la luna. Me desvía. Y el brillo del espejo me llama, me pierdo y me encuentro...

A tu lado

## Insomne

La noche sangra  
y es tu marca  
que hiera.

Ya no recuerdo  
ni cómo  
ni cuándo  
entró la daga  
sin tu toque  
la oscuridad no se acaba  
cuando sale el sol.

POEMARIO V

**InVERSIONes**

Bernabé Cala



# I

¿Quién eres tú?  
Me pregunto  
que como en un sueño te apareces.  
Mudo  
como un niño de mirada esquiva  
asistiendo a la simulación de su cuerpo.  
Espectro de mil voces  
Quebrantadas.  
Vidriosa mirada con que te dueles de verme.  
Y te apareces,  
y reapareces  
entre la imagen de mi cuerpo y la apariencia de tu sombra.  
Réplica imperfecta  
que dibujas una imagen sin cuerpo  
y te repites como un eco infinito de voces  
transparentes.  
Y te escondes detrás de la noche que no duerme,  
detrás de las confundidas máscaras,  
detrás del martilleo indescifrable en los sótanos del  
pensamiento,

detrás de aquel otro.  
Monstruoso,  
silencio de cristal  
del que voy desapareciendo.

## II

Confundida mascara.  
Espejada imagen  
que entre copia y copia  
te desconciertas  
Atrapada  
entre el cristal y el azogue,  
entre el error y los horrores de nosotros mismos  
buscas y rebuscas,  
entre copa y copa  
enredada de garabatos, vuelves  
a tu página más enmarañada que antes.  
Desengañada  
caminas de laberinto en laberinto  
entre el uno y el otro, y el otro  
Y me das vuelta  
como un infinito pensamiento de la noche.  
Y saltas  
Inquieta  
hasta que mi cuerpo te reclama  
y se desprende.

### III C

Extraviado

te contemplas desde el fondo del turbio río.

Asombrado

no ves otro sol más hermoso que tu,

solitaria deidad que camina tras tus pasos

día tras día

cual *trabajo de Sísifo* con una pena más grande que la mía.

¡Necio!

¿Qué luz te cegó?

Que vas tropezando por el camino

como un pájaro ciego, arrojado a la orfandad de este  
pequeño mundo,

que nos ahoga hasta apagarnos la voz.

## VI

De nuevo.  
Entre tu voz y mi silencio  
de cristal impenetrable.  
Irrumpes  
En el límite infranqueable de un sueño inhabitado  
como un Narciso turbio que bebiendo va.  
Figura plana, vacía y sin alma.  
Miras y examinas  
cual reproducción de los hombres  
que balbucean y se engañan,  
en este otro universo que multiplicando va.  
No fue la sed ni el camino el que nos impuso este destino,  
y nos trajo hasta este espejo líquido  
pero te busco en el fondo de todos sus abismos.  
Ahogado,  
grito  
y me revelo  
pero vuelven sus infinitas voces como Narcisos  
ensordecedores.  
Y me envuelven con sus mascararas,

una y otra vez  
mientras mi voz, tibia,  
se enfría  
como una verdadera sombra  
que se va desgarrando de suspiro en suspiro.  
Y grita de nuevo

## X

Por el lindero de la mesa camina mi pensamiento  
Resbala y cae,  
gota a gota.  
Sin perderse de vista, va  
rascando letra a letra,  
escarbando debajo las piedras,  
buscando mi nombre,  
mientras la sombra de la noche camina a la par del sueño  
que no viene.  
hasta que la luz llegue,  
y me aparte de esta pequeña muerte diaria  
en la que andamos simulando ser nosotros  
y otros.

## XII

He desprendido la flor de mi alma  
como se desprende la fruta de la rama.  
He dejado mi cuerpo tendido en el suelo.

Solo

He salido  
y me he parido  
como el pensamiento de un niño

Fui

tras el uno, tras el otro,  
y el otro.

Y me perdí tras las huellas de sus sombras.

con el barco partido naufragué  
como el héroe que no soy

buscando de sombra en sombra como un pájaro ciego,  
sin poder volver.

Piadosa mirada de bronce con que buscas y te buscas,  
entre la sepultura del silencio y tu voz, escucho  
entre la imagen y este cuerpo de vidrio, te veo.

Ahora luchas,  
ahora triunfas

y cantas tu vuelta.

Yo con un suspiro voy sabiendo que ya no estamos ni tan  
solos ni tan callados.

Ahora juntos miramos la patria  
a la que un día no muy lejano (pienso yo)  
hemos de volver  
sin miedo ni muerte.

## XV

Detrás de la noche  
te llamaron mis gritos.

Lejanos  
como los astros amarillos.

Detrás de la noche  
como desesperadas aves nocturnas  
te escucho.

Trémulo  
Extraña voz que me arrastra al infinito silencio.

Detrás de esta horrible sombra  
mis ojos van, buscando tus huellas  
que no quiero ver, pero camino.

Sin prisa  
Por los rincones de la noche, Te busco  
por las silenciosas veredas voy, golpeando las puertas negras  
Ahuyentando sombríos recuerdos que se acercan  
Me atormentan,  
y me rodean  
como hormigas a un pájaro muerto.

## XXI

La noche va alejándose de la noche  
La luna y mi soledad  
todavía andan bajo el patio de los ayeres  
No me asustan los años, pero hoy, incitan en mi pecho una  
angustia prematura  
¡La muerte!  
No es extraña a mí  
¡Lloro! Y me persigno en el verde zanjón  
El llanto de mis luces todavía brilla  
como diminutos diamantes, desparramados en el paño azul  
Me resigno  
Se difumina la pequeñez de mi existencia  
mientras voy soltando mis últimos pájaros al viento.

## XXII

Pasan los días  
uno tras otro,  
y otro  
como los pesados trenes de acero sobre las vías, pasan  
y repasan sobre mí.  
Como los astros indiferentes en la noche, en el día, pasan.  
Y sobrepasan  
mi machucado cuerpo que ya no sabe cómo quejarse.  
Cansado  
Arrastro mis suaves cadenas  
mientras acomodo la risa a mi cuerpo  
que se acurruca a este mundo que me deja.

## XXIV

Titilan amarillos los luceros  
asisten al nacimiento de una nueva luz  
que como el filo del cuchillo parpadea sobre el inmutable  
cerro  
camina la distinguida esfera  
y va trepando la blanca luz por las piedras y el aljibe eterno;  
por el sombrío río va pasando,  
por el antiguo camino de polvo  
y por los enchapados techos de plata.  
Por los vacíos zanjones de los alrededores deprimidos  
mientras los guardianes de la noche lanzan sus estirados  
aullidos de pena,  
que como una flecha le atraviesan el pecho a la luna.



## POEMARIO VI

Matías Abraham Figueredo



## Janela

Te miro  
Puedo ver el verde ondulante:  
Son ramas de Santa Rita,  
Una luz ligera se escurre entre las flores rojas.  
Puedo ver lo que ves,  
No te reservas nada.  
Y si quiero saber más, debo acercarme  
Nada me ocultas.  
Todo me muestras.  
Y voy descubriendo el mundo que hay más allá de tus  
cristales.  
Es cierto lo del mismo aire.  
Descubro que soy parte de lo profundo.  
¡Y lo pequeño que soy, Janela!  
Y sólo entonces asumo tu realidad.  
Y ese aire en el que me sumerjo me penetra  
Y me hago uno.  
Uno con vos.  
Ya no importa si te veo o si me ves.  
Y aprendo a amar lo que mi mente  
Pretende que sea el amor.

## Maktaba

Constante, dispuesta, sabia.  
Observa cada ademán.  
Paciente, aguarda el roce de mis manos  
que se apiaden de lo eterno,  
de lo que un día prometí.  
Debo admitirlo: somos ingratos,  
soy ingrato.  
Siempre tomé de ella todo,  
pocas veces devolví lo que ofrecía.  
Cuando necesitaba de sus historias,  
de sus palabras y sabiduría;  
se entregaba, plena,  
sin mezquindades ni egoísmo,  
aunque nuestra relación pendiera de un hilo,  
aunque recorriéramos los círculos de Dante.  
Apoltronada en un rincón,  
la encontré hoy, descuidada,  
reducida a una odalisca,  
su *bedlah* ya no brilla,  
y lloré.

En tiempos pretéritos,  
sus entramados danzaban,  
iridiscentes,  
pero ahora, entre sombras,  
se desvanece sin reclamar,  
sumergida en polvo  
y olvido.  
Tomo un paño,  
suave, nuevo,  
limpio cada una de sus partes.  
Se nubla mi vista,  
y en su callado gozo,  
ella permite  
que mis caricias, antes de predilección,  
sean hoy de compasión,  
y de perdón.  
*Mi Maktaba,*  
siempre sabia,  
eterna  
nuevamente se entrega,  
como en aquellas tardes  
en que el amor nos devolvía  
a mundos de sultanes y califas  
historias de visires,  
y amores bajo cielos  
musulmanes.

## Olvido

Amarte, odiarte...  
Demasiado inoportuno para mi gusto.  
Es incomprendible tenerte,  
insustituible en otros momentos.  
En el letargo de la angustia  
quiero que estés,  
que me inundes,  
que me abracés,  
que me asfixies robándome el aire,  
respirar tu aliento helado  
y envolverme en los velos del sueño.

En la tristeza profunda,  
en mis iras y enojos,  
en los dolores,  
en el eco de viejas vergüenzas,  
te necesito.  
No basta con tenerte.  
Quiero que me domines,  
que cierres las puertas tras de mí.

Pero... no.

No estás.

No me abrazas.

Nadie comprende las razones  
del escozor en mis ojos,  
nadie advierte que los surcos  
en esta superficie  
fueron tallados por erosión fluvial.  
Ahí, en mi abismo,  
te busco.

¿Es acaso adrede tu ausencia?

¿No te pedí que te quedaras?

¿Es que hablas otro idioma?

Tal vez mi lengua preferida  
sea la que más detestas.

No nos entendemos.

El quinto día,  
el Veneris dies,  
te pedí: aléjate.

Aléjate porque lo necesito.

Aléjate, pues es menester que así suceda.

Aléjate, porque hoy la gente estará pendiente de mí,  
y yo de ellos.

Aléjate, pues no quiero caer en tus trampas.

Te rogué.  
Pero no lo hiciste.  
Me abandoné a tus encantos,  
a las mieles de estar contigo.

Y en el día primero,  
en Monandæg,  
estuviste conmigo,  
me invadiste sin permiso,  
me dejé conducir por tus corrientes.  
Me dejé llevar por Oblivion.  
Escuchamos sus acordes  
y bailamos a Piazzolla en do menor.  
Y no debió ser así.  
Prometí mantenerte al margen.  
Juré controlarme.  
Entendí que debía ser tajante,  
pero fuiste fuerte,  
me doblegaste,  
y atravesaste cada parte de mí,  
de este yo, de mi vida.  
Dejé que domines  
por sobre las dicotomías.





**AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES  
Y CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE JUJUY**

**DECANO**

Dr. Julio César Arrueta

**VICEDECANO**

Lic. Ignacio Felipe Bejarano

**SECRETARIO ADMINISTRATIVO**

Lic. Enrique Julián Hamity

**SECRETARIO ACADÉMICO**

Prof. Carlos Alberto Albarracín

**SECRETARIA DE EXTENSIÓN**

Mgter. Carolina Alejandra Siles Pavón

**SECRETARIA DE POSGRADO**

Dra. Alejandra García Vargas

**SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN**

Dr. Juan Pablo Ferreiro

**SECRETARIO DE PLANIFICACIÓN**

Lic. Rodrigo Díaz

¿Un taller debe enseñar cuál debería ser la voz literaria de un aspirante a escritor? No. Sólo mostrarle esa verdad y confrontarlo con la realidad de que hasta ese momento el lenguaje lo ha utilizado a él para realizarse y no al revés; y que su camino tendrá que ser el de volver a pensarlo hasta comprender de qué está conformado ese “universo estético” propio e íntimo en el que el lenguaje juega un rol central. ¿Qué palabras me gustan? ¿Cuáles no? ¿Qué asuntos manejo y sobre cuales siento que puedo escribir con mayor facilidad?; son preguntas, junto a muchas otras más, que lo van construyendo. Es un camino arduo. Algunos deciden aceptarlo, otros no.



**tiraxi**ediciones

